

GLOSAS Y COMENTARIOS

IMPRESIONES DE "LA MURALLA"

EN la alegre verbena de la vida social, del carrusel de los politiqueros hasta el tiro al blanco de los negocios, y del columpio de la vida económica hasta el tiiovivo de la situación internacional, ha sonado un estallido que, desde hace varios meses, va estremeciendo dos veces cada día a cuantos, por afición o por fuerza de las circunstancias, penetraron en el recinto de la verbena.

Ante ésta se ha detenido un fotógrafo; ha enfocado su objetivo para que pueda recoger ciertos detalles de funcionamiento. La algazara del conjunto también le interesa; pero sólo como fondo del primer plano. Lo importante es ver si hay trampa cuando el columpio sube más alto en su vaivén hacia un lado que hacia el otro; o si tantos como logran dar en el blanco, ganan por su pericia como tiradores, o por haberse entendido previamente bajo cuerda con un ilusionista de las inmediaciones.

Campo interesante, enfoque preciso, revelado cuidadoso... y ha salido una obra que enseña para su asombro a los mismos protagonistas de la realidad, desde los del carrusel al ilusionista, lo que ya tenían ellos casi olvidado. El fotógrafo se llama Joaquín Calvo-Sotelo; y el retrato de nuestra verbena en ese aspecto tan interesante como disimulado, es su comedia dramática *La Muralla*.

No pretendo hacer una crítica acabada de la obra. Intento sólo contribuir modestamente a la gran resonancia que ésta merece en lo tocante a sus valores estrictamente económico-morales. Esto supuesto, y sin perdernos en detalles, vamos a tratar de resumir en brece espacio esos hechos sucedidos ya sus quinientas veces en un escenario; y muchos de ellos quinientas mil en nuestra verbena diaria.

El punto de partida está en el hecho de que una magnífica posesión extremeña, única fuente de recursos para una familia, que vive en Madrid —lejos de la finca, y al parecer no provisionalmente— fué adquirida por el jefe de familia mediante la falsificación de un testamento. Dicha posesión está, pues, dañada en su mismo origen por un robo.

El hecho es claro y sencillo. Bastaba este simple hurto original claro y palpitable para otro final de comedia de sonado éxito. Una ley de arrendamientos rústicos, un procedimiento para la expropiación de terrenos colonizables, seguros agrícolas, contribución rústica, licencias de cultivos, entrega de excedentes, y mil y mil equilibrios de cuantos tratan de regular y ejecutar todos estos extremos, para hallar —diría que por fortuna— en el último acto, que lo descuidado en medio de tanta institución es el cumplimiento más elemental del séptimo mandamiento, si la adquisición los salarios y los precios no han corrido por su cauce desde los primeros momentos. El primer sitio donde se busca a uno es en su casa; y a la virtud social de la justicia también. Aun metida en su casa hartos problemas quedarán por resolver, para que encima nos resignemos al verla salir a paseo.

Claro que el decir que esa finca se ha robado es hablar demasiado groseramente. Hay que urbanizar la nomenclatura de la más indignante vileza, para que pueda ésta figurar entre las prácticas naturales de la gente fina y elegante. Por eso cuando el oficial de la notaría encarcelado ve en Jorge la única esperanza de su libertad y su vida, en vez de decirle: "te prometo falsificar el testamento a tu favor si me sacas de aquí", se limita a insinuar delicadamente que el asunto del testamento que nombra heredero a Quiroga, "podía arreglarse". No es que signifiquen ambas expresiones cosas distintas de su prestación al robo; sino que aquélla propone el asunto como lo proponen *los ladrones*, y ésta como lo dicen las personas *bien educadas*. Igualmente se habla de si lo de la finca es "irregular" en su origen: los sombríos días en que se resuelve en favor o en contra la planteada batalla sobre la restitución, son el lapso de tiempo "mientras pasa... cuanto tenga que pasar". Y lindamente, en fin, explica el secretario de Jorge su asalto al protocolo para quitar la huella de un número enmendado: "He pedido el protocolo..., y en un momento de descuido..., y aún no sé cómo... se me ha enganchado el anillo..., y me he llevado por delante un trozo de papel pequeñísimo, sólo que justo, justo, vea usted lo que son las casualidades, el que tenía los números cambiados". "De este percalce del anillo, nadie se ha dado cuenta en la Notaría, y, si lo advirtiesen mañana, adivíne usted cuándo, en qué momento y por qué razón se rompió el píquito ese".

Esta urbanización de las formas se transforma en divinización cuan-

do se quiere afectar religiosidad. El tratar de restituir es un suicidio; claro que sin reparar en que el reconocimiento de los robos consumados, acarrearía fatalmente el suicidio de la sociedad. La restitución acabaría con el prestigio de una familia; por supuesto cuando no se temió el desprestigio de una posible publicidad de la falsificación, ni se teme muchas veces el de un ascenso repentino e inexplicado en la escala económico-social. Y estas razones, o semejantes, alegadas por personas como Matilde, suegra de Jorge y *jefe de la oposición*, tan buena y tan católica que no sólo sabe decir "Dios se lo pague" para dar las gracias, y sabe llamar piadosas a ciertas mentiras, sino que pertenece —¡oh sarcasmo!— a la Junta Depuradora de Espectáculos y Costumbres, y truena contra los besuquesos de una película que tiene por escandalosa.

No deja de ser acertadísimo el ridículo de esta clase de personas, que por mucho que se esfuerzan en mantener esa posición tan correcta e intachable, dejan al descubierto la cola del diablo cuando menos lo piensan. La buena de doña Matilde hace constar que tiene por Director espiritual a don Sebastián; pero bien muestra que no quiere hablarle de la finca de su yerno, por si acaso. Hasta se le ocurre conseguir que al auténtico heredero de "El Tomillar", "le tuvieran en chirona algún tiempo más", sin otra razón que verse ella libre de esa pesadilla en sus intentos de frustrar la restitución.

* * *

El planteo de ésta resulta excepcional, debido al carácter algo esquemático o simbólico que presenta la obra, aun sin perder su gran realismo.

Es esquemático el caso por los contornos afilados de sus circunstancias. El hecho sucede en nuestra guerra, en la situación confusa de un pueblo recién liberado. Admite la aparente atenuante de su asimilación al botín de guerra, máxime constando claramente la ideología torcida del que es víctima del espolio. El autor de éste es un oficial joven, viudo, con una niña de cinco años, a la que en un revés bélico puede dejar sola con el cielo y la tierra. Circunstancias, como se ve, que tienden a disminuir el desorden cometido, por diáfano que éste se muestra.

Refuerzan el esquema las circunstancias efectivas de impunidad. "Jamás —revela Jorge a Cecilia, su actual esposa— se ha quitado a nadie nada suyo con más impunidad". El testador ha sido asesinado hace unas semanas, los testigos han desaparecido. Jorge era ahijado del tentador, el cual, por otra parte, no ha dejado otro hijo que Gervasio Quiroga, que no ha visto el testamento, y es hijo natural, cuyo pa-

rentesco clandestino con el testador es ignorado de la gente de la calle. Murió también después el oficial de la notaría. Y la pequeña pista posiblemente ofrecida por el número enmendado del pliego del protocolo, se borra en el transcurso de la obra de la galana manera que acabamos de ver.

Esquemática también puede considerarse la solución concreta sobre el modo de restituir. La palmaria necesidad de restituir requiere al menos efectividad y diligencia, y exige cierto diálogo —no aparece en qué sentido— con el verdadero dueño de "El Tomillar". Yo diría, por tanto, que los escasos datos concretos que de la forma de restituir se dan, no pretenden resolver el problema como en una clase de Teología moral, sino hacer ver que Jorge *se pone* a restituir; mostrar, en suma, que *la cosa va en serio*. Sólo este hecho es necesario para que la oposición de todos se desviva luego desesperadamente por erigir la ciclópea muralla.

Finalmente, las consecuencias de la restitución contribuyen por su parte a completar el esquema. Una familia teme ser reducida a la indigencia, por constituir "El Tomillar" su única fuente de ingresos; teme el desprestigio de su apellido hasta Javier Montes, futuro consegro de Jorge; remen todos lo inaudito de una rectificación en materia de fortunas mal hechas. "Este tipo de conversiones no gustan nada. A la gente, lo que le apasiona es que se termine con la querida, por ejemplo, o que se reconozca al hijo ilegítimo, o que se meta uno cartujo. Pero esto de devolver fincas de regadío, maldito lo que le importa a nadie. Aparte de que no se da un caso de esos ni para muestra, palabra". La idea de la restitución es vista por la suegra como un "absurdo, y de los más grandes de que he oído hablar en los últimos veinte años" —veinte años dice, precisamente

Vemos, pues, la concurrencia de circunstancias atenuantes, la garantía de impunidad, las duras consecuencias que se temen de la restitución; y frente a este extremoso conjunto hábilmente creado, la voluntad de un hombre que actúa como iluminado, porque en un ataque que le ha puesto a las puertas de la muerte, y puede repetirse cualquier día, ha visto a "Dios casi físicamente, en aquel pozo sin fondo" donde él mismo se veía caer.

Se movilizan razones en contra; algunas tan finas que llegan a dar miedo. Porque los comentarios que se oyen a la salida del teatro muestran que algunas de ellas hacen a veces demasiada impresión. Ciertamente que algunas de las más llamativas no aparecen aplastadas por la réplica; no porque sean invulnerables, sino porque ni siquiera se intenta su refutación. Pienso en cambio que tal vez eso mismo da más vigor a la razón dominante del convertido para restituir: Lo que uno ha quitado, no le pertenece; el que quiere salvar su alma, debe restituir; y él

quiere salvar su alma a toda costa, como católico de verdad que es, no como antes, que lo era de sólo apellido, heredado en tiempos en que la religión rentaba como el amortizable. "Yo soy —asevera en una ocasión— un español convertido al catolicismo". Estas pocas ideas son su obsesión; en ellas funda toda su defensa, defensa que conserva invicto su interior hasta poder decir medio muerto a Dios en la última frase de la obra: "Tú sabes que yo he querido vencer la muralla".

Si es verdad que con sólo cumplir de verdad el séptimo mandamiento se habría dado un paso de gigante hacia la solución de la cuestión social, a cumplir ese mandamiento llega Jorge mediante la idea moral y religiosa. Literalmente, lo enseñado por León XIII hace más de medio siglo; el problema social ni es exclusivamente económico, ni es principalmente económico; es, ante todo, un problema moral y religioso (Encicl. *Graves de communi*, 11). De aquí también que su solución no será posible a fuerza de pura economía, sino a base de religión y educación cristiana; tendremos que evocar nuestra infancia, y desenterrar, como Jorge, aquella octava que nos llenaba de miedo en el colegio: "Yo, ¿para qué nací?..." Incomparable educación social la que da quien enseña que hay que salvar el alma. Diríase, como supone erróneamente alguno de los personajes, que el individualismo en favor de la propia alma es contrario a los intereses de la sociedad.

* * *

¿Y la muralla. el hecho cumbre que da título a la obra?

En la familia hay un hombre que, como hemos dicho, se pone, en serio, a restituir. Y la fiera reacción que esto levanta es unánime. Allí cimenta el paredón la taimada Matilde, de la Junta de Depuración de Costumbres, proselitista como nadie en este asunto. Allí también Cecilia, preocupada de siempre por la vuelta de su esposo al buen camino; y que ante tal vuelta de campana, mayor que la que ella imaginaba, y que exige que ella misma dé otra vuelta, declara con sincera cobardía que ella no ha nacido para santa. Allí Javier Montes, el aspirante a Embajador o Ministro, a quien Matilde tiene por tonto haciéndole un favor, pero de quien predice ella misma que habrá que verle actuar en el momento que sepa de qué se trata. Y Amalia, la hija de Jorge, demasiado espontánea contra su padre a la hora en que convendría allanar y suavizar la rectificación de un convertido. Y Alejandro, estafador tan hábil como vulgar. Y el médico, medio engañado por la artera suegra, que oculta al enfermo el peligro de la recaída. Y en fin, el criado, que engañado también por Matilde cierra la puerta al verdadero dueño de

"El Tomillar" en el momento crítico en que va a resolverse la restitución. Cada uno por su lado y más o menos intencionadamente; pero, a excepción —claro está— del confesor, fallan todos, todos, todos.

Y, entendámoslo bien: esta muralla no se forma contra el modo concreto de la restitución, que se deseara más concreta, más lenta, menos tajante. Estas precisas circunstancias son las más capaces de alejar al espectador de la pura y simple decisión de Jorge. Que sea demasiado tajante la solución que éste pretende, no es cosa tan clara, en primer lugar porque, según hemos dicho, no aparecen síntomas suficientes para comprender con precisión en qué consiste. Además, si puede parecer dura en exceso la restitución, en su forma concreta, no olvidemos el carácter esquemático que le atribuimos, consintiendo en que pueda aparecer con escasos aunque muy duros contornos; al fin y al cabo, como en esquema. Ahora bien: si hay exageración real en la conducta de Jorge, ése era el punto en que todos los adversarios se hubieran hecho fuertes con más facilidad. Urjan el que existen soluciones distintas del pasar en dos horas del lujo a la miseria; busquen a un sacerdote, fácil de encontrar en dicha hipótesis, que matice racionalmente la forma sin ceder en la rigidez del fondo; propongan un plan más lento, que les permita ir buscando otros medios honrados de vida, empezando *en el acto* a ir privándose, si bien paulatinamente, de los ingresos de "El Tomillar". Pero nada de esto aparece. Y no aparece, sencillamente, porque no es esa la cuestión; la muralla no se ha levantado para contener en lo justo unos afanes indiscretos; la muralla se ha hecho descaradamente ladrillo a ladrillo, con el siniestro designio de impedir en todo caso la restitución.

* * *

En éstas muere Jorge, y la obra termina. Pero me temo que persiste la *comedia* en la casa de la viuda de Hontanar. Un entierro de primera; una infinidad de misas por el eterno descanso de su alma; un evitar el remover *cominerías* económicas, que serían de mal gusto ante la pena que los embarga; un testamento —que bien cuidarán todos, sin decirselo unos a otros, de que nadie pueda *tergiversarlo*—firmado antes de *sus últimos días*, en que se deja *todo* —¡sin aclararlo más, por Dios!— a Amalia, su única hija, ya casadera. Así van viviendo por unos días el proceso anunciado por la suegra, capaz de endurecer al más derretido: "Ahora le ha dado la heroica, pero cada momento que pase se le irá llevando un poco de decisión y haciéndole flaquear. Estos son los días terribles. Si salimos de ellos podremos descansar tranquilos".

Tal vez, tal vez, algo haya quedado dentro a todos los personajes, de los amargos ratos vividos en la escena. El recuerdo de las últimas chifladuras del jefe de la familia puede que les pare el reloj en el transcurso de su vida minutos antes de ponerse a "arreglar" otro testamento. El efecto curativo de esta obra creo que consiste, ante todo, en prevenir.

Sobre si en ella se refleja la vida real, dígalo quien sepa que el teatro lleva lleno varios meses. ¿Será por lo que interese a la gente saber cómo es la vida en otro planeta?

La Muralla ha sido un estallido. Y un estallido que ha hecho estremecerse a la verbena.

AGUSTÍN ARREDONDO, S. I.